

BRENDA MARTI

CUENTO N° 278

TÍTULO EL MENSAJE

SEUDÓNIMO: BRENDA MARTI

AUTORA: CARMEN EUGENIA GUERRA OLGUÍN

EL MENSAJE

— ¿María, Te acuerdas bien de tu abuela? —repetía por segunda vez el anciano sin mirar a su nieta. Desde su asiento frente a la mesa, al lado de la ventana de la cocina, sus ojos, empequeñecidos por las arrugas que los surcaban, miraban fijamente un punto en el cielo. Tan abstraído estaba que no se percataba que la niña le había llevado a la mesa el té en su taza preferida. La chiquilla enternecida, como siempre lo miraba en silencio, para no romper su ensoñación. Sabía que ese letargo colmado de recuerdos, duraba el tiempo suficiente para que ella realizara una labor o le preparara su té acostumbrado y sólo cuando comenzaba a preguntarle sobre la abuela, ella entendía que su viejo compañero volvía a pertenecerle.

Anselmo Medina, abuelo de María, se había casado con Mariana Soler, hija de un republicano español que llegara a Concepción, exiliado por el régimen de Franco. Anselmo joven campesino, quien ese mismo día andaba de compras en la ciudad, en cuanto vio a Mariana salir de la estación se enamoró perdidamente de la bella muchacha que le sonrió al notar su turbación. Medina logró averiguar donde se hospedarían y muy pronto comenzó a merodear la residencial, hasta que ella lo reconoció y lo invitó a cenar. Desde ese día el joven se hizo amigo del padre quien, al darse cuenta de la nobleza del pretendiente, no dudó en dar su consentimiento para el casorio.

—Cuéntame abuelo ¿En qué pensabas? —decía María sentándose frente al anciano.

—En que tengo tantos años como recuerdos y que cuando muera, te quedarás sola y sin fortuna, quizás sin esta casa y eso me da mucho dolor. Los tiempos han cambiado, la vida es más cara y yo no he logrado pagarle al banco la hipoteca de esta casa.

— ¿Y para que tengo yo mis manos abuelo?, ¿Es que acaso no me enseñaste tú mismo, que el verdadero capital es la voluntad de ser feliz? Cualquier trabajo será bueno para vivir y esta casa, si Dios quiere no la perdemos, será tu legado de amor. No necesito fortuna ni pensar en el futuro que sólo trae pesar a tu corazón. Nada más te preciso a ti. Quiero verte activo como antes, cuando trabajabas en el jardín, cuando yo era pequeña y te veía podar los rosales en otoño y cortar flores para nosotras en primavera. ¿Lo recuerdas?

—Claro que sí, niña mía, como no recordarlo. Eran días felices, ustedes, mis tres amores adornando la mesa más que cualquier flor. Y ahora te escucho y creo escuchar a la abuela, ella al igual que tú, hacía renacer la esperanza cada vez que las cosechas se perdían y cuando nos iba bien, me obligaba a celebrar. Decía que los esfuerzos debían ser premiados. Entonces salíamos. Yo la invitaba a cenar en un restaurante en la ciudad y ella se ponía sus joyas. Últimamente en mis sueños la veo joven con su traje de fiesta, luciendo su collar de perlas y su pelo amarrado en un moño dejando al descubierto sus aros de oro.

— ¿Collar de perlas y aros de oro? ¿La abuela tenía joyas? Nunca me habías contado. ¿Y qué hiciste con esas cosas abuelo?, ¿Te das cuenta que nos ayudarían a dar el impulso que necesitamos para no perder esta casa?

—Nunca quise saber dónde las guardaba —contestó el viejo. Eran de su madre. Un día me mostró una cajita que contenía aros, anillos y collares, fue el día que perdimos una siembra. Tu abuela quería que yo las vendiera. Yo no quise escucharla, jamás quise que se deshiciera de sus cosas, sobre todo después que falleciera su padre, a pesar de ofrecérmelas algunas veces más en las situaciones difíciles. Le pedí que las conservara para heredárselas a tu madre y luego a ti. Tú sabes que yo soy orgulloso. Mi deber como

jefe de la familia es solucionar con esfuerzo todos los problemas sin ayuda. Así que le rogué que no insistiera en socorrerme. Y ella las guardó y no quiso usarlas más. Tú eras muy pequeña cuando ocurrió eso. Es posible que siempre las guardara en su bolso y se perdieran en el accidente del tren.

—No quiero ahondar en el recuerdo del accidente abuelo, sé que te hace mal hablar de ello. Pero esto es importante. Si la abuela quería ayudarte antes, si estuviera hoy aquí querría lo mismo ¿y si no las llevó en su viaje?, por lo que cuentas de ella, sé que no expondría algo tan valioso.

Anselmo miró fijamente a su nieta. La chiquilla representaba todo lo que él tenía en la vida, era su compañerita, su razón de vivir. La inflexible lucha diaria llevaba su nombre. Cuando su mujer y su hija perecieron en el terrible accidente del tren, él también pensó que moriría. Pero la pequeña María que en ese tiempo tenía siete años, se aferró a su mano y él pudo ver lo asustada que estaba por la aparición de tanta gente del pueblo que, conmocionados como él, querían acompañarlo. Fue por ella que él no se abandonó a la muerte. Mariana no se lo hubiera perdonado. Y además la muchacha tenía razón. Ahora lo comprendía. Esas joyas podrían ayudar a pagar la deuda del banco. Contraída en unos años de sequía. Siempre pagó sagradamente las cuotas, trabajando sin parar, sobre todo después del accidente, para aturdirse y no llorar. Pero ahora no tenía fuerzas, había transcurrido casi un año sin pagar y ya le había llegado una carta del banco. Vivían de la renta de unos terrenos que había arrendado. Ahora estaba viejo y su orgullo también. Ese orgullo que fue el responsable de no haberse despedido de su mujer cuando ella se fue a Los Andes a visitar a una tía. Él no quiso acompañarla, cuando ella se lo pidió. Se sentía cansado, pero no lo dijo y se disculpó pretextando el trabajo en el campo. Mariana, cabizbaja se quedó en silencio y no insistió más. Pero se dio la vuelta y fue a

pedirle a su hija Aurora que la acompañara. Mientras la joven arreglaba su equipaje, Mariana entró a la cocina y cerró la puerta. Él pensó que estaba preparando alguna colación para el viaje y que estaba tan enojada que no quería que él la viera. No quiso molestarla y no se acercó a la cocina. Tampoco salió a despedirla porque esperaba que ella lo hiciera. Tantas veces recordó aquel momento en donde se odiaba por no haberla acompañado. La amaba tanto, la necesitaba tanto. Se sentía solo y desgraciado, culpándose de no haber estado junto a ella en el tren para protegerla. Él era el responsable de quedarse sin hija y su nieta sin madre. Desde el día del accidente quedó destruido y no quería pensar, pero su mente día a día lo llevaba a divagar enfrentándolo con sus remordimientos.

— ¿Qué me dices abuelo? —insistió María sin imaginar lo que estaba pensando el anciano. Quizás la abuela intente decirte algo, trata de recordar si alguna vez la viste guardando esa cajita en alguna parte o si recuerdas algún detalle que tuviera que ver con dinero.

—No puedo recordar, porque no quise preocuparme más de eso. Pero en las noches la veo que me alarga sus manos con anillos como preguntándome si me gustan, a veces me muestra sus aros y eso me hace pensar que quiere saber si le hacen juego con su vestido.

—Abuelo, si tus sueños son reiterativos es que la abuela quiere decirte algo, yo creo que está intentando que recuerdes que existen esas joyas y tal vez ya te ha dado la pista para encontrarlas. ¿Hay algo más que te diga o te muestre?

El viejo cerró los ojos como tantas veces para atraer a su mente a su amada y comenzó a hablar:

—Recuerdo que la veo parada en la cocina cerca de mí, como el día en que hice esta mesa, bromeando diciendo que mis manos construían mi capital.

— ¡Tus manos construían tu capital! —repitió María. ¡Abuelo! ¿Tú construiste esta mesa donde estamos apoyados?

—Sí, fue hace muchos años, con una madera de roble que compré en la ciudad.

—Abuelo, por favor, párate y ayúdame a dar vuelta la mesa —casi gritó María.

El viejo se levantó de su silla lentamente, sin dejar de mirar a su nieta. La niña sacaba rápidamente el mantel y se ponía en un costado intentando levantarla. Entonces el anciano comprendió y con un renovado vigor puso sus manos por debajo de la madera y dio vuelta aquel mueble barnizado y liso, para descubrir que en su centro casi incrustado en él se destacaba un bulto negro, afirmado con mucha cinta adhesiva donde en algún pliegue se podía distinguir algo de color café claro.

Se acercaron lentamente, emocionados hasta las lágrimas. El abuelo sacó su cortaplumas y cortó las cintas con suavidad, pensando que las manos de Mariana las habían tocado. Extrajo la cajita y se la entregó a María, mientras él volvía a enderezar la mesa. La niña puso el cofrecito sobre ella y acercándose a Anselmo, le pidió con un hilillo de voz:

—Ábrela abuelo, ella te las confió a ti.

Y el anciano con mucha delicadeza levantó aquella tapa de madera y sus ojos se encontraron con el fulgor de aquellas piedras preciosas. María fue tomando cada una de ellas dejándolas a un costado, hasta que no quedó ninguna. Fue entonces que Anselmo descubrió al fondo de aquella caja un papel doblado. Lo tomó sin pensarlo y lo abrió. Era

una carta con la letra de Mariana. Ella había escrito aquella carta el mismo día que viajó a Los Andes. Y Anselmo con voz quebrada leyó:

“Hola amor, si algún día lees esta carta será porque yo no estaré contigo y el destino nos haya separado. Tantos años de felicidad pocas veces se han visto opacados por una discusión y cuando ha sucedido esto, yo me apresuro a escribir una carta que luego destruyo con gusto, apenas nos reconciamos. Y escribo esta, por temor a que quede una herida abierta entre los dos. Jamás me perdonaría no haberte dicho por última vez que te amo como la primera vez que te vi. Quiero que sepas que no estoy molesta, sólo quería salir a solas contigo y rememorar aquellos días de juventud. Me gusta ser tu novia eterna, aunque los años nos castiguen y pongan canas en nuestro cabello. Te amo y te amaré aún más allá de mi vida. Ahora toma estas alhajas y véndelas para pagar esa hipoteca que te ha hecho tanto sufrir. Creo que podrás dejar el collar de perlas para nuestra querida María. Te amo siempre.

Mariana.

Concepción 2 de junio de 1948”

Anselmo con los ojos llorosos y la voz quebrada abrazó a su nieta que lloraba junto a él. Mariana le había dado una gran lección. Con su último acto de amor lo había vuelto a la vida. La paz que ahora sentía, le daba fuerzas y optimismo, para continuar viviendo. Después de tantos años se había perdonado a sí mismo, ya no sentía remordimientos. Era libre. Libre para entender que ella siempre lo amó y que ese día en la cocina, le quiso enseñar que el orgullo puede alegrar al ego, pero nunca al amor. Miró a su nieta que secaba sus lágrimas y la besó en los ojos.

—Vamos al jardín María, hoy pondremos nuevamente flores en la mesa.